



Pirandello y yo por Miguel de Unamuno

(Para LA NACION)

Salamanca, junio de 1923.

Es un fenómeno curioso y que se ha dado muchas veces en la historia de la literatura, del arte, de la ciencia o de la filosofía, el que dos espíritus, sin conocerse ni conocer sus sendas obras, sin ponerse en relación el uno con el otro, hayan perseguido un mismo camino y hayan tramado análogas concepciones o llegado a los mismos resultados. Diríase que es algo que flota en el ambiente. O mejor, algo que late en las profundidades de la historia y que busca quien lo revele.

Digo esto a propósito del sentido de la obra del escritor siciliano Luis Pirandello, que lleva en Roma y escribiendo casi el mismo tiempo que yo aquí, en Salamanca, y que empieza a ser conocido y celebrado fuera de Italia después de haber alcanzado en ella una tardía fama. Yo,

que soy curioso y diligente observador de la vida italiana, no sabía nada de él hasta hace muy poco, menos de un año. Cuando en 1917 estuve en Italia nadie me habló de él. Y si ahora me he fijado en él y en su obra—que todavía conozco mal, muy fragmentariamente y sobre todo de referencias,—débase a que le veo citar en Italia al lado de mi nombre. El éxito, para mí mismo imprevisto—estoy haciendo historia con la mayor objetividad posible,—que mi obra literaria ha tenido en Italia, éxito mayor que el que tiene en los países de lengua española, es el que me ha llevado al conocimiento de Pirandello, cuyo nombre tan a menudo asocian con el mío los críticos italianos. Y de hecho, en lo poco que hasta ahora conozco del escritor siciliano, he visto, como en un espejo, mucho de mis propios más íntimos procederés y más de una vez me he dicho leyéndolo: "lo mismo

habría dicho yo!" Y estoy casi seguro que así como yo nada conocía de Pirandello, él, Pirandello, no conocía lo mío. Se siente su originalidad, y es precisamente por sentirle original por lo que me reconozco en él. Un escritor no se reconoce nunca en una imitación, por hábilmente hecha que esté. Hay un ingenio, X, un yo más profundo que mi yo empírico o fisiológico y que el yo empírico y fisiológico del escritor Pirandello, que ha buscado ingenio en él y en mí, un Yo X, que diría Silvio Tissi, otro escritor italiano.

Y esta distinción entre el yo empírico o fisiológico y el yo trascendente—acaso immanente—o histórico es lo que empareja nuestras sendas obras, la de Pirandello y la mía. La primera vez que vi citado a Pirandello fué en una excelente crítica de la traducción italiana de mi novela "Niebla", que allí, en Italia, no pareció ni tan extraña ni tan enig-

mática como aquí ha parecido. Aquellas angustias de mi Augusto Pérez—¿no más bien yo de él?—al ver que le negaba yo, su presunto autor, existencia real e independiente, y sus esfuerzos por sobrevivir, los vi comentados en relación con ideas de Pirandello, que constituyen toda una filosofía estética. No faltaba, por supuesto, el inevitable calificativo de paradoja. Porque eso de que digamos, y muy en serio, con seriedad humorística—que es la más seria de todas—que Don Quijote y Sancho tienen más realidad histórica que Cervantes, y que no es Shakespeare el que creó a Macbeth y Hamlet y el rey Lear y Falstaff y Otelo... sino éstos a él, todo esto no parece que les cabe en la cabeza a los que han estudiado historia sin pizca de sentido histórico. Y esto les sucede a los más de los historiadores.

Otra de las concepciones que eso yo incógnito sembré en Pirandello y

en mí fué el modo de ver y desarrollar las personalidades históricas—o sea de ficción—en flujo vivo de contradicciones, como una serie de yo, como un río espiritual. Todo lo contrario de lo que en la dramaturgia tradicional se llama un carácter. "No logro definirle a usted", me dijo una vez un teólogo. Y le contesté: "Afortunadamente para mí, pues si usted u otro lograra definirme, es que me habría muerto yo ya."

Dice Pirandello: "Un ser que nace de esa facultad creadora que reside en el espíritu humano está destinado, por naturaleza, a una vida superior que le falta al mortal ordinario nacido del seno de mujer. Cuando se nace, personaje, cuando se tiene la dicha de nacer personaje vivo, se ríe uno de la muerte: no se puede ya morir! El artista, el escritor, el meaquino instrumento de esta creación morirá, enhorabuena; pero su criatura no muere ya. Y para vivir inmortal no tiene que tener dotes extraordinarias o llevar a cabo prodigios. Decídme quiénes eran Sancho Panza o Don Abundio. Y, sin embargo, son eternos porque, gérmenes vivos, tuvieron la dicha de encontrar una matriz fecunda, una imaginación para educarlos y nutrirlos."

Y he encontrado en Pirandello otra expresión que me parece característica, y es la de que esos seres históricos que los hombres empíricos y fisiológicos llaman de ficción son acaso menos reales, pero más verdaderos. ¿Menos reales, pero más verdaderos! ¿Y qué es realidad? ¿Qué es verdad? ¿Hay una realidad no verdadera? ¿Hay una verdad no real? Es todo el problema del arte y todo el problema de la filosofía. Es el problema de la historia.

¿Problema de la historia? La his-

O.C. tomo X





toría no tiene problema. Es la historia misma la que es un problema que se está de continuo desarrollando, resolviéndose a cada momento, y en el momento en que se resuelve, y por resolverse, volviéndose a plantear. Y el problema de la historia es más el de la verdad que el de la realidad.

"Realidad" deriva de "real" y "real" de "res", cosa. Suele contraponerse a lo real lo ideal y a la realidad la idealidad. ¿Pero es que las ideas no son tan verdaderas como lo que llamamos cosas? Más verdaderas por ser más duraderas. Y aun la verdad de las cosas está en su idealidad.

No son las historias más verdaderas las más pintorescas, las más exornadas con esos atavíos externos de circunstancias pasajeras, aquellas en que más se derrocha lo que suele llamarse ambiente de lugar y tiempo.

Toda obra de arte viva y duradera, verdadera, aunque no se consignen en ella particularidades geográficas y cronológicas, aunque no se describan gestos ni trajes ni maneras, tiene la profunda realidad del lugar y el tiempo en que fué engendrada. Tucídides, que desdeñaba lo pintoresco de Herodoto, tenía conciencia de escribir su historia para siempre, y hay que leer en el prólogo de la "Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV", lo que su autor, don Francisco Manuel de Melo, el portugués clásico en el manejo del castellano, nos dice de lo

pintoresco en la historia.

He leído que los más de los relatos y cuentos de Pirandello son cortos y esquemáticos, concebidos y ejecutados como dramas, con el menor número de acotaciones y de modo que se les vea vivir, es decir, cambiar y contradecirse, y desarrollarse a los personajes, que son un haz de yos cada uno de ellos. No he podido aún comprobar este informe lo bastante, mas por lo poco que de Pirandello he podido leer hasta hoy, lo he visto confirmado. Y en eso poco he encontrado más verdad, más honda verdad humana que en los más de los cuentos y de las novelas que pasan por realistas.

Allá en mi mocedad, cuando tenía treinta y tres años, publiqué una novela histórica, "Paz en la guerra", que va a reeditarse, y cuyo fondo es la guerra carlista de 1872 a 1876. Aquella novela está cargada de menudos detalles de lugar y tiempo, todos ellos compulsados cuidadosamente, y el relato del bombardeo de Bilbao en 1874 puede pasar por una fidelísima narración de cronista. Pero creo, sin embargo, que no hay allí más verdad que en mi ya citada novela "Niebla" o en las que componen más "Tres novelas ejemplares y un prólogo". El Alejandro Gómez de "Nada menos que todo un hombre", una de esas tres novelas, me parece más verdadero que el protagonista de mi "Paz en la guerra". Aunque en rigor ésta no le tiene o es el pueblo todo.

Todos los héroes de lo que llamamos ficción, todos los hombres arquetipos y creadores—nadie crea más que un héroe de ficción—viven no por lo que se llama el realismo. A Don Juan Tenorio, por ejemplo, sería lo mismo vestirle con otro traje y ponerle en otro lugar y otro tiempo en el que le pasteron Tirso de Molina o don José Zorrilla. He leído que a Hamlet le han representado en el Japón vestido de japonés y en ámbito japonés. Han hecho bien. Era el modo de salvar su verdad, esa verdad que se ahoga en el realismo.

